

Centro Bíblico Pastoral para América Latina del CELAM
Estudio bíblico de base para la Lectio Divina del Evangelio del Domingo
Vigésimo cuarto del tiempo ordinario – 16 de septiembre de 2007

La misión de Jesús y sus discípulos:
Salir en búsqueda del pecador
compartiendo la misericordia y el gozo de Dios
Lucas 15, 1-10 (11-32)

*“Todo pecador en el fondo es una persona
Que espera poder llorar entre los brazos de Dios,
No importa el camino de muerte en que se haya perdido”*
(Enzo Bianchi)



*"Alegraos conmigo, porque he hallado la oveja
que se me había perdido"*

“Pronunciaré tu nombre
solo, sentado entre las sombras
de mi pensamiento silencioso.
Lo pronunciaré sin palabras,
lo pronunciaré sin razones.
Pues soy como un niño
que llama cien veces a su madre,
contento de repetir ‘Mamá’”.
(Rabindranath Tagore).

Introducción

Entramos en este domingo en el gran capítulo 15 del evangelio de Lucas -núcleo de la Buena Nueva de Jesús y de la revelación de los sorprendentes sentimientos de Dios- en el cual escuchamos al Maestro pronunciar las tres parábolas de la misericordia:

- (1) la oveja perdida (15,4-7),
- (2) la moneda perdida (15,8-10) y
- (3) el Padre misericordioso (15,11-32), en la cual asistimos a la historia del hijo perdido y encontrado.

Los primeros tres versículos del capítulo nos presentan el contexto –como necesaria clave de lectura- que lleva a Jesús a pronunciar estas bellas lecciones sobre la misericordia de Dios (15,1-3).

La finalidad del pasaje de hoy es profundizar en el tema del amor de Dios demostrado en el ministerio salvífico de Jesús con los excluidos y los pobres de la sociedad, particularmente con un grupo de excluidos que está en todos los estratos sociales: los “pecadores”. El capítulo anterior de Lucas (ver 14,15-24) ya nos había ambientado el tema en la parábola en la cual Jesús invitaba a los excluidos a la mesa del Reino.

1. El texto en su contexto

1.1. Antes de entrar a Lucas 15 hay que mirar atrás

Recordemos algunos momentos clave del evangelio:

(1) Desde el primer momento en que Jesús llamó a un discípulo, a Simón Pedro, sacó a relucir su praxis de misericordia con los pecadores. Dijo Simón Pedro: “*Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador*” (5,8b); Jesús le respondió: “*No temas*” y le mostró su confianza entregándole una misión (5,10).

(2) A partir de entonces vemos que la constante de Jesús es la acogida del pecador, hasta el punto de llegar a hacerlos sus discípulos. Es el caso de Leví (5,27-28), de la pecadora arrepentida (7,36-50), de Zaqueo (19,1-10). A los pecadores Jesús los llama a la conversión, les perdona los pecados y los hace crecer mediante el seguimiento (ver 8,1-2). Todo esto no es más que la realización del “*año de gracia del Señor*”, cuyo cumplimiento proclamó desde su discurso inaugural en la sinagoga de Nazareth.

(3) Pero, como se hace notar desde el primer día, este mensaje no fue bien recibido por todos. Los gestos de perdón que Jesús hacía generaron desconfianza por parte de los fariseos y escribas desde el mismo comienzo del ministerio en Galilea. En la escena de la curación-perdón del paralítico se escuchó la primera crítica: “*¿Quién es éste, que dice blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?*” (5,21).

(4) Con todo, Jesús no se dejó detener por la crítica y siguió adelante, hasta el punto de que uno de los comportamientos habituales de Jesús más recordados en el evangelio es el

de sus comidas con pecadores. En esos momentos nuevos agrios comentarios se escucharán: “¿Por qué coméis con los publicanos y pecadores?” (5,30), “Ahí tenéis a un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores” (7,34b); “Ha ido a hospedarse en casa de un hombre pecador” (19,7).

(5) En respuesta a sus críticos, Jesús se remite con una gran contundencia al sentido de su misión: “No he venido a llamar a conversión a justos, sino a pecadores” (5,32). Esta frase sigue siendo válida para el resto del evangelio, incluso hasta hacerla núcleo de la misión apostólica: “predicar en su nombre (Cristo) la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones” (24,47).

Con este ambiente llegamos al capítulo 15 de Lucas. Aproximémonos primero al contexto (15,1-3) y luego a la dinámica y el contenido de las dos primeras parábolas (15,3-10). (La parábola del Padre Misericordioso, ya la habíamos leído en la cuaresma de este año y por ello remitimos a las anotaciones ya realizadas).

1.2. El texto

Leamos despacio Lc 15,1-10:

^{15,1}*Todos los publicanos y los pecadores se acercaban a él para oírle,*

²*y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo:*

«Este acoge a los pecadores y come con ellos.»

³*Entonces les dijo esta parábola.*

⁴*«¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas,
si pierde una de ellas, no deja las 99 en el desierto,
y va a buscar la que se perdió hasta que la encuentra?*

⁵*Y cuando la encuentra, la pone contento sobre sus hombros;*

⁶*y llegando a casa, convoca a los amigos y vecinos,
y les dice:*

*"Alegraos conmigo,
porque he hallado la oveja
que se me había perdido."*

⁷*Os digo que, de igual modo, habrá más alegría en el cielo
por un solo pecador que se convierta
que por 99 justos que no tengan necesidad de conversión.*

⁸*«O, ¿qué mujer que tiene diez dracmas,
si pierde una, no enciende una lámpara
y barre la casa y busca cuidadosamente hasta que la encuentra?*

⁹*Y cuando la encuentra, convoca a las amigas y vecinas,
y dice:*

*"Alegraos conmigo,
porque he hallado la dracma
que había perdido."*

¹⁰*Del mismo modo, os digo, se produce alegría ante los ángeles de Dios*

por un solo pecador que se convierta.»

2. La situación que motiva las tres parábolas de la misericordia (15,1-3)

“^dTodos los publicanos y los pecadores se acercaban a él para oírle, ²y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo:

«Este acoge a los pecadores y come con ellos.»

³Entonces les dijo esta parábola”

Vale la pena que nos detengamos un poco en la introducción del capítulo. Su esquema (que es similar al de 5,29-32) nos da tres informaciones:

- (1) La observación de un hecho: *“Todos los publicanos y los pecadores se acercaban a él para oírle”* (15,1);
- (2) La desaprobación de este comportamiento por parte de los fariseos y los escribas: *“Este acoge a los pecadores y come con ellos”* (15,2); y
- (3) La respuesta de Jesús: *“Entonces le dijo esta parábola”* (1,3).

Notemos algunos detalles interesantes.

2.1. El hecho: *“Todos los publicanos y los pecadores se acercaban a Él para oírle”* (15,1)

Suena exagerado, pero así lo afirma Lucas, *“Todos”* los publicanos y pecadores buscaban a Jesús. En realidad es una manera de enfatizar una preciosa realidad constatada en el ministerio de Jesús. Ahora bien, no se trataba de hechos puntuales sino de una constante, como puede verse en la forma verbal que describe una acción continua: *“buscaban”*.

Estos que buscaban a Jesús tienen el calificativo peyorativo de *“pecadores”*: personas que por su comportamiento contrario a la Ley de Dios, a lo mejor con reincidencias y públicamente asumidos, se han colocado fuera del ámbito de la Alianza. Evidentemente eran reprobados. Se habla también de un grupo particular de ellos: los *“publicanos”*.

Los publicanos (cobradores de impuestos para Roma) era mal vistos por tres razones que estaban en la mentalidad de la gente: (1) porque ejercían un oficio que –por continuo contacto con los gentiles- los hacía religiosamente impuros; (2) porque por el hecho de estar al servicio del imperio eran blanco de ataques por parte de los nacionalistas del pueblo; (3) porque se convirtieron en prototipo de corrupción administrativa y abuso de poder (el caso de Zaqueo lo deja entender).

Hay que recordar que en el evangelio de Lucas, los publicanos:

- (a) Estaban en la lista de las personas llamadas públicamente a la conversión por parte de Juan Bautista (ver 3,12).
- (b) Luego se convierten en modelo del que responde al llamado al arrepentimiento. Por ejemplo, en 7,29 Jesús cita la respuesta positiva de ellos a la predicación de Juan: *“los publicanos reconocieron la justicia de Dios, haciéndose bautizar con*

- el bautismo de Juan*". Y ni se diga la generosidad, digna de imitación, de los publicanos Leví y Zaqueo, frente al llamado de Jesús.
- (c) Muestran una alta calidad espiritual, incluso superior a la de los fariseos: cuando Jesús trata el tema de la oración, en una de sus catequesis, un publicano –y no el fariseo- será el modelo del orante según los nuevos criterios del Reino (ver 18,10-13).

Si los publicanos y pecadores llegan a un nivel tan alto de vida espiritual (aspecto que los fariseos no miran) es porque *"iban a oír"* a Jesús, lo cual es signo de conversión. Si recordamos la conclusión del evangelio del domingo pasado lo entendemos mejor: *"El que tenga oídos para oír, que oiga"* el llamado a las exigencias del discipulado (14,35). Que los publicanos y pecadores *"vayan"* y *"oigan"* a Jesús significa que se han tomado en serio la lección sobre el discipulado.

2.2. La crítica: "Y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: 'Éste acoge a los pecadores y come con ellos'" (15,2)

Los fariseos y escribas salen al ruedo una vez más –después de 5,21.30; 6,7; 11,53- para poner en tela de juicio lo que Jesús hace. Ello, se dice expresamente, *"murmuran"* contra él.

La murmuración es la crítica cargada de fastidio por un comportamiento que no se admite. Así aparece, por ejemplo, en la polémica que le hacen a Pedro por su apertura a los gentiles: *"Has entrado en casa de incircuncisos y has comido con ellos"* (Hch 11,3).

Los fariseos y escribas se muestran molestos con Jesús y sacan a relucir su prejuicio contra los pecadores y marginados. Su actitud contra Jesús se percibe en la manera lacónica de referirse a él, lo llaman *"Éste"*.

Dos verbos describen el comportamiento reprobado: *"Acoger"* y *"Comer (junto con)"*. Las dos acciones se complementan ampliando su significado. Jesús es presentado como el anfitrión de una comida festiva en la recibe y atiende con simpatía a sus ilustres huéspedes.

Pero no se trata de un formalismo: la *"acogida"*, en el lenguaje del Nuevo Testamento, se refiere también al ofrecimiento de asistencia que una persona requiere. Acoger es *"dar la mano"* (ver Rm 16,2; Flp 2,29). Esto es lo que parece suceder al interior de las cenas de amistad que ofrece Jesús. Los fariseos, por el contrario, son aquellos que critican, reprenden y dicen lo que hay que hacer, pero no le dan la mano al pecador. Hay un pensamiento rabínico tardío que parece recoger el principio fariseo: "no permitas a un hombre juntarse con el malvado, ni siquiera conducirlo a la Ley" (M. Ex. 18,1). Esto explica la actitud de los fariseos.

Pero Jesús no piensa así. Si él en las comidas se aproxima a las personas consideradas de baja moralidad o de ocupaciones de baja categoría -gente a la que un judío respetable no tendría por qué tratar- es porque está poniendo en práctica su enseñanza sobre el Reino de

Dios: Dios ha visitado su pueblo y ha establecido con todos un increíble cercanía (ver 1,68; 7,16; 17,21); su presencia es poder que transforma la vida entera.

2.3. La respuesta de Jesús: “Entonces les dijo esta parábola” (15,3)

Jesús responde en parábolas, fiel al principio según el cual “*los misterios del Reino de Dios*” se les dan a conocer “*a los demás sólo en parábolas*” (8,10). Las parábolas del evangelio están construidas de tal manera que subvierten nuestra habitual manera de razonar y nos llevan a pensar con la lógica del Dios del Reino.

El narrador Lucas anuncia una parábola y al final resultan tres. Al leerlas tengamos presente que:

- (a) Todas van al mismo punto: la alegría que experimenta una persona que recupera lo que había perdido.
- (b) Las dos primeras parábolas apuntan explícitamente al hecho de que esta alegría es el reflejo de la alegría que Dios siente cuando recupera lo que había perdido: aquello que le era propio y de un gran valor para Él.
- (c) La tercera parábola supera las dos primeras: sin perder de vista el tema de la alegría de Dios (representada en el papá misericordioso) describe ampliamente la situación de una persona perdida (el hermano menor) y también la actitud de quien aparentemente no se perdió (el hermano mayor); éste último no es capaz de compartir la alegría del padre por el regreso del hijo (y hermano) perdido.

Las parábolas de la misericordia explican el por qué del comportamiento de Jesús e invitan a los fariseos (y a los lectores) a unirse a la praxis de Jesús.

3. Celebrando el regreso de una persona muy valiosa: las parábolas de la oveja y de la moneda perdida

Jesús cuenta dos parábolas que tienen mucho en común (como sucedió con las del domingo pasado) y se refuerzan la una a la otra en el mensaje. Pero las imágenes de base son diferentes: la primera parábola se detiene en la historia de un hombre y la segunda en la de una mujer; ambos con dos oficios típicos del mundo bíblico israelita: un pastor y un ama de casa. El primero vivirá una aventura al abierto, en el campo, y la segunda dentro de la misma casa.

Releámosla:

*“¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas,
si pierde una de ellas, no deja las 99 en el desierto,
y va a buscar la que se perdió hasta que la encuentra?
⁵Y cuando la encuentra, la pone contento sobre sus hombros;
⁶y llegando a casa, convoca a los amigos y vecinos,
y les dice:
"Alegraos conmigo,
porque he hallado la oveja*

que se me había perdido."

⁷Os digo que, de igual modo, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por 99 justos que no tengan necesidad de conversión".

3.1. La historia de un pastor: parábola de la oveja perdida (15,4-7)

"¿Quién de vosotros?". La mirada se pone en la persona y en lo que normalmente ésta haría en una situación similar aplicando la sana lógica. Por tanto, no se trata tanto la historia de una oveja, cuanto de la de un pastor que rebosa de felicidad después de hallar su oveja perdida.

Distinguimos dos partes: (1) la parábola propiamente dicha (15,4-6) y (2) la aplicación (15,7).

La parábola propiamente dicha

En la parábola propiamente dicha notamos que la dinámica que implican los verbos permite distinguir momentos bien marcados:

- (1) *"Tener"* (cien ovejas);
- (2) *"Perder"* (una de ellas);
- (3) *"Dejar"* (las 99 en el desierto),
- (4) *"Buscar"* (la oveja perdida)
- (5) *"Encontrar"* (-la);
- (6) *"Poner"* (-la sobre los hombros),
- (7) *"Convocar"* (a los amigos y vecinos) y *"Decir"* (-les).

Destaquemos la idea central de cada acción:

- *"Tener"*. El pastor posee un rebaño de un centenar de ovejas. Es la cantidad normal para un pequeño hacendado.
- *"Perder"*. La imagen es la de un pastor que al final del día se pone a contar las ovejas de su rebaño y descubre que el número está incompleto.
- *"Dejar las noventa y nueve en el desierto"*. Se acentúa la locura de la acción del pastor, quien se olvida de la elemental precaución dejando el rebaño desatendido en pleno desierto (donde se pueden perder todas) en cuanto se precipita en la búsqueda de la oveja perdida. Pero al narrador le parece normal que eso se haga: *"¿Quién de vosotros no haría esto?"*, dijo Jesús al comenzar la parábola. Claro que es probable que las ovejas hayan quedado bajo la responsabilidad de un cuidadero (ver Juan 10,3).

El que se destaque una entre noventa y nueve no significa que esta oveja sea más importante que las otras, se trata más que todo de una formulación paradójica que sirve para poner de relieve la alegría por el hallazgo de lo que se había perdido.

- “**Buscar**”. La búsqueda no para hasta que no logra su cometido: “*hasta que...*”. No hay reposo. El celo es total.
- “**Encontrar**”. La alegría del hallazgo se manifiesta en la convocación de los amigos. Este es un rasgo del amor de Dios, pero lo esencial es lo que viene: la alegría que proviene de la nueva situación en el Reino de Dios.
- “**Poner sobre los hombros**”. El pastor regresa con aire triunfante. El trato de la oveja hallada es de tierna solicitud. La ternura del pastor que carga a la oveja (tema amado por la iconografía paleocristiana), asistiéndola en su delicada situación, nos recuerda Isaías 40,11: “*Como pastor pastorea su rebaño: recoge en brazos los corderitos, en el seno los lleva, y trata con cuidado a las paridas*”. Ella es preciosa, delicada, de un gran valor.
- “**Convocar**”. El pastor organiza una reunión festiva, está lleno de alegría por el éxito de su búsqueda. Una alegría de estas no se vive sólo, se la comparte con los amigos.

La aplicación de la parábola

Aplicando la parábola a la acción de Dios, podemos reconocer en el celo del Pastor la realización de la profecía de Ezequiel: “*Como un pastor vela por su rebaño cuando se encuentra en medio de sus ovejas dispersas, así velaré yo por mis ovejas*” (34,12); y también el anuncio de la misión del Mesías: “*Yo suscitaré para ponérselo al frente un solo pastor que las apacentará y será su pastor*” (34,23-24).

Pero la insistencia de Jesús está en la descripción de la alegría de Dios por el pecador que se convierte: “*Os digo que, de igual modo, habrá más alegría en el cielo por uno solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión*” (15,7).

El motivo de la fiesta del cielo es la conversión de un sólo pecador (uno que ha obedecido al llamado de Jesús en 5,32). En contraste con el pensamiento fariseo -que recordamos por un dicho rabínico que habla de la alegría de Dios por la caída de los malos (ver: t. Sanh. 14:10)- Jesús invita a descubrir que la felicidad de Dios es precisamente por lo contrario: su salvación.

Jesús habla de “*más alegría*”: el cielo multiplica la alegría. Uno se siente muy contento cuando se reconcilia con Dios, pero la alegría que Dios siente por este mismo acontecimiento es mayor. No quiere decir que Dios no esté contento con los que están sanos y salvos -los “*noventa y nueve justos que no necesitan conversión*”-, sino que su alegría por el pecador que se ha dejado encontrar por el amor misericordioso es superior.

3.2.La historia de una mujer: parábola de la moneda perdida (15,8-10)

“⁸O, ¿qué mujer que tiene diez dracmas,

*si pierde una, no enciende una lámpara
y barre la casa y busca cuidadosamente hasta que la encuentra?*

*⁹Y cuando la encuentra, convoca a las amigas y vecinas,
y dice:*

**"Alegraos conmigo,
porque he hallado la dracma
que había perdido."**

*¹⁰Del mismo modo, os digo, se produce alegría ante los ángeles de Dios
por un solo pecador que se convierta"*

Como dijimos, la construcción de la segunda parábola es idéntica a la de la anterior, sólo que esta es una versión en femenino y en el ámbito de una casa. Exceptuando, por razones evidentes, el motivo de la "ternura" (cuando el pastor carga la oveja), vemos que las acciones de esta parábola son las mismas de la anterior:

- (1) "**Tener**" (diez dracmas);
- (2) "**Perder**" (una de ellas);
- (3) "**Encender**" (la lámpara) y "**barrer**" (la casa),
- (4) "**Buscar**" (cuidadosamente la moneda)
- (5) "**Encontrar**" (-la);
- (6) "**Convocar**" (a los amigos y vecinos) y "**Decir**" (-les).

También aquí subrayamos algunos elementos destacados en la descripción:

- "**Tener**": una mujer que posee diez dracmas. El "dracma" era una moneda griega de plata, casi equivalente en valor al denario romano, o sea, el equivalente de la ganancia diaria de un trabajador (un jornal; ver Mt 20,2). Algunos creen que equivaldría al valor de una oveja. Otros, que sería lo equivalente a la dote de una mujer que es dada en matrimonio. También se sugiere que con diez dracmas se podría comprar un collar en forma de diadema. Pero no hay prueba segura de ninguna de estas hipótesis. El hecho es que se trata de un porte de valor en manos de una mujer que vela celosamente por la economía del hogar.
- "**Perder**". Se hacen ver que encontrarla requiere grandes esfuerzos. En una parábola rabínica una historia similar sirve para ilustrar los esfuerzos que hace un estudioso de la Ley para desentrañar del texto su valor (pero esto lo citamos aquí solamente para animar a los lectores en este mes de la Biblia).
- "**Encender la lámpara**" y "**barrer la casa**". Si nos atenemos al contexto, podríamos deducir que esta mujer vive en una casa de campo que generalmente tiene una sola puerta y no tiene ventanas. Cuando la puerta de la casa se cierra a la hora de dormir la única sala de la casa se convierte en dormitorio. Esto nos permite entender el drama de la búsqueda: ella debe encender la lámpara (ver 11,33), y por lo tanto despertar la casa entera (ver 11,7); y en medio del fastidio que ha debido causarle a la familia entera, barrer cuidadosamente (11,25) hasta que encuentra su moneda. Podría haber esperado hasta la mañana siguiente, pero eso es precisamente el "celo" que se quiere describir: la búsqueda del pecador no da espera.

- “**Convocar**”. El hallazgo conduce al regocijo, que las vecinas y amigas son invitadas a compartir con gran sentimiento.

Aplicación de la parábola

De la misma manera, dice Jesús, hay alegría con un pecador arrepentido. La frase “**en presencia de los ángeles**” (ver también 12,8), es una referencia a Dios mismo y su ámbito celestial (como cuando se dijo antes: “**en el cielo**”, ver 15,7). Los ángeles se regocijan con Dios, pero lo que importa es la inmensa alegría de Dios.

Esta vez no hay comparativo, pero de todas maneras el contraste entre la alegría de Dios y las murmuraciones de los fariseos y escribas se deja sentir. Los fariseos deberían estar felices por la misericordiosa bondad de Dios. Dios se complace en la conversión de los pecadores, ni les desea nada malo ni los abandona, como dice Ezequiel 18,23: “**¿Acaso me complazco yo en la muerte del malvado –oráculo del Señor Yahveh- y no más bien en que se convierta de su conducta y viva?**”.

La dimensión femenina de esta parábola no deja de lanzar provocaciones. El hecho que Jesús coloque una mujer como ejemplo es chocante para los fariseos, quienes las rechazan en el estudio de la Torá. Ellas, sin embargo, también son modelo del comportamiento de Dios. No es sino ver el final: las mujeres que se alegran con su vecina superan la espiritualidad de los fariseos.

3. Concluyendo la lectura

El evangelio de hoy nos invita a entrar en el corazón misericordioso de Jesús, descubriendo en él la grandeza su revelación acerca de Dios y la fuerza atrayente de su propuesta del Reino.

Jesús nos revela que a Dios le importamos muchos y que sufre y goza con nuestro destino. Él mismo es la imagen de un Dios que sale en búsqueda del pecador. El suyo es un amor primero e incondicional.

Estamos llamados a mirarnos evaluativamente en el espejo del evangelio. Si reducimos a lo fundamental la dinámica de las parábolas a los términos “pérdida”, “búsqueda”, “hallazgo” y “alegría compartida”, y los confrontamos con la tarea “pastoral” que se espera que hagamos, ciertamente percibiremos que tenemos mucho por hacer.

El hecho de tener noventa y nueve ovejas en sus manos no tranquilizó la conciencia del pastor. Ni tampoco a la mujer a la que le quedaban nueve monedas. Ese “uno” que falta es de gran valor. Bien decía santa María Eufrosia, parafraseando estas parábolas que “una vida vale más que el mundo entero”.

Entonces la conversión que se pide hoy no es solamente la del pecador, sino también la de la pastoral, o más exactamente, la de quien se ha adormecido en su celo pastoral y ya

no sale a buscar a las ovejas ni a las monedas perdidas. No podemos quedarnos con los brazos cruzados esperando a que la oveja vuelva sola y sin hacer nada para provocar su conversión. Como aquel pastor y como aquella mujer no podemos dormir tranquilos mientras una oveja esté perdida.

4. Releamos el evangelio junto con los Padres de la Iglesia

Algunos Padres de la Iglesia, practicando el llamado método “alegórico” de interpretación, ven en estas parábolas imágenes que recogen bien el movimiento de la historia de la salvación. Veamos dos ejemplos concretos:

4.1. Para san Ambrosio, los tres protagonistas de las parábolas (el pastor, la mujer y el papá) representan a Jesús-Pastor, a la Iglesia-Madre y a Dios-Padre.

“¿Quiénes son estos tres: el padre, el pastor y la mujer? ¿No serán, por ventura, Dios Padre, Cristo y la Iglesia? ¡Cristo te carga con su cuerpo, habiendo tomado sobre sí tus pecados; la Iglesia te busca; el Padre de acoge! (Cristo) Te carga sobre los hombros como hace un pastor; (la Iglesia) viene a buscarte como una madre; (Dios) te reviste como hace un padre. Primero es la misericordia, después la intercesión, en tercer lugar la reconciliación. Todo corresponde exactamente: el Redentor viene nuestro auxilio, la Iglesia intercede, el Creador nos reconcilia”

(San Ambrosio de Milán, In Lucam, VII 208)

4.2. San Agustín hace una maravillosa síntesis de la historia de la salvación que tiene su plenitud en la persona de Jesús.

“Esta parábola habla más de la divina misericordia que de nuestro proceder humano. Abandonar las cosas grandes, amar las pequeñas, es propio de la potencia divina y no de la avidez humana: porque Dios da la existencia a las cosas que no existen y va en busca de las cosas perdidas, sin abandonar las que dejó; y encuentra las perdidas sin perder las que quedaron guardadas.

No es un pastor terreno, sino celestial, y esta parábola no presenta hechos humanos, sino que manifiesta misterios divinos (...)

Aquel hombre que tenía cien ovejas es Cristo, el buen pastor, el pastor bondadoso que en Adán, como con una única oveja, había comprendido a todo el género humano y lo había colocado en los pastos de la vida de los prados del paraíso; pero esta oveja olvidó la voz del pastor y se fió de los aullidos de los lobos; perdió así los apriscos de la salvación y quedó completamente herida con llagas mortales.

Viniendo Cristo a buscarlo, lo encuentra en el seno de un campo virginal. Vino en la carne de su nacimiento y, elevándola sobre la Cruz, la cargó sobre los hombros en su pasión; lleno de alegría por la felicidad de la resurrección, subiendo al cielo la transportó hasta su morada. Y llamó a los amigos y a los vecinos, esto es, los ángeles, y les dice: ‘Alegraos conmigo, porque encontré mi oveja que estaba perdida’.”

(San Agustín)

5. Para sembrar la semilla de la Palabra en lo profundo del corazón

- 5.1. En las dos parábolas se subrayan seis verbos idénticos. Analizando detenidamente uno a uno, ¿cuál es el que más vivo? ¿Cuál es el que más quisiera vivir?
- 5.2. ¿Cuáles son los criterios que usa la sociedad de hoy ante una persona que comete un error: se inventa todas las estrategias posibles para salvar a esa persona o más bien aplica el dicho: “al caído caerle? ¿Y yo, qué hago?
- 5.3. ¿En mi familia, o en mi comunidad existe una persona que es como lo llamamos comúnmente “la oveja negra”? ¿Qué hemos hecho para ayudarla a salir de esa situación? ¿No será que con nuestro comportamiento la aislamos y no le permitimos cambiar?
- 5.4. El actuar de Jesús suscitó críticas en los escribas y fariseos quienes “murmuraron” de Él. ¿He criticado alguna vez el comportamiento de alguna persona? ¿Por qué lo he hecho? ¿Cómo actuaría Jesús?
- 5.5. ¿En qué forma concreta experimento el amor misericordioso del Padre que me busca y se alegra cuando me encuentra? ¿Cómo hago que los demás lo experimenten?

P. Fidel Oñoro, cjm
Centro Bíblico del CELAM



*“Si uno es amigo de Dios,
goza de esta bonita y luminosa fiesta.
El que ha trabajado y el que no lo ha hecho,
el que vive en la paz y el que vive en el dolor,
el que se ha perdido y el que está en casa,
el que está cansado y el que es consolado,
vengan todos y serán acogidos”*
(Antiguo Himno compuesto por San Juan Crisóstomo)

Anexo 1

Pistas sobre las otras lecturas del domingo

Sumario: La frase de Pablo, “Cristo me ha perdonado... la gracia de Nuestro Señor ha sido más fuerte”, podría ser la clave de las lecturas de este domingo. Todas hablan de perdón, de gracia y de misericordia. Dios perdona a los adoradores del becerro de oro, según el libro del Éxodo. En el Evangelio, la misericordia de Dios está maravillosamente expresada en tres parábolas.

Primera lectura: Éxodo 32,7-14

En el Sinaí Dios le dijo a Moisés: *“No tendrás otro Dios fuera de mí. No te harás escultura, ni imagen alguna de nada de lo que hay arriba en el cielo, o aquí abajo en la tierra, o en el agua debajo de la tierra. No te postrarás ante ellas, ni les darás culto, porque yo, el Señor tu Dios, soy un Dios celoso”* (Ex 20,4-5).

Moisés le entrega al pueblo las palabras del Señor y el pueblo le responde a una sola voz: *“Cumpliremos y obedeceremos todo lo que ha dicho el Señor”* (Ex 24,7).

Luego Moisés vuelve a subir a la montaña y Dios le da instrucciones largas y minuciosas para la construcción del Templo y para el ejercicio del culto.

Como Moisés se demora para bajar, el pueblo le dice a Aarón: *“Fabricanos un dios que nos guíe, porque no sabemos qué habrá sido de ese Moisés que nos sacó del país de Egipto”* (Ex 32,1). Entonces Aarón recoge las prendas de oro de las mujeres y fabrica un becerro de oro.

Dándose cuenta de lo que pasa, el Señor no demora en reaccionar. Le expone su proyecto a Moisés: aniquilar al pueblo (32,7) para recomenzar de cero. Así había hecho cuando el diluvio. Y como hizo Abraham cuando recibió la visita de los mensajeros celestiales en Mambré, Moisés asume la defensa del pueblo teniendo más éxito que Abraham. Pidiéndole a Dios que aparte su mirada del pueblo pecador, lo invita a tener en cuenta su comportamiento divino. Lo llama: Dios de la Promesa y de la Alianza.

Este relato, cargado de antropomorfismos, evidentemente no es un relato histórico en el sentido de lo que hoy entendemos por “histórico”. Se trata de un relato teológico sobre la Alianza. En una primera aproximación, notamos que parece haber sido compuesto antes del exilio, en el período de los reyes. De hecho, se puede ver una crítica de la acción del rey Jeroboam, quien hizo instalar dos becerros de oro en los dos extremos del Reino del Norte (en Dan y en Betel), para que la gente no fuera a Jerusalén. Cuando esto sucedió el rey le dijo a la gente: *“¡Se acabó el subir a Jerusalén! Israel aquí tienes a tu Dios, el que te sacó de Egipto”* (1 Reyes 12,28). En las religiones paganas de la región, había estatuas de becerros, símbolo de fuerza y de fertilidad. Parece que éstas servían de pedestal del dios de la tormenta. Pues bien, el autor bíblico se mofa de los falsos dioses, los cuales trata de becerros.

Moisés muestra una gran humildad ante Dios reconociendo que la solidez del pueblo no depende solamente de sus propias fuerzas, sino sobre todo de la bondad y de la misericordia de Dios: el Dios que está siempre dispuesto a perdonar. La Iglesia interpreta el texto en este sentido, cuando nos invita a leerlo al lado de las parábolas de la misericordia en Lucas.

Salmo 51

La liturgia nos presenta hoy algunos versículos del “Miserere”, éste magnífico Salmo consagrado a la relación entre Dios y el hombre pecador.

El primer versículo presenta las cualidades más importantes de Dios: (1) Piedad, (2) Amor o Fidelidad y (3) Ternura. Ellas le hacen eco a lo que Dios dijo de sí mismo. Cuando Moisés subió a la montaña, después del episodio del becerro de oro, “Pasó el Señor por donde estaba Moisés clamando: *‘El Señor, el Señor, un Dios clemente y compasivo, paciente, lleno de amor y fiel’* (Ex 34,6).

Las cinco acciones que se le pide a Dios que haga, todas ellas van en la misma dirección: renovar a fondo la vida del pecador. Es como una nueva creación: *“Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio; renueva dentro de mí un espíritu firme”* (v.12). El verbo “crear” es clave en este Salmo: recreado por Dios, el pecador puede vivir cara a cara con Él, animado por el soplo divino, como el primer Adán en el Jardín del Edén.

Levantado de su postración y reconstruido en el amor de Dios, el pecador puede anunciarle a todo el mundo la alegría de su salvación y convertirse en misionero de la misericordia.

Segunda lectura: 1 Timoteo 1,12-17

Durante los próximos seis domingos leeremos las cartas a Timoteo. Generalmente se piensa que no son del mismo Pablo, sino de su escuela. Pero es interesante observar los detalles de esta autobiografía del apóstol y la manera como sintetiza en un testimonio concreto de la misericordia de Dios, la enseñanza de los otros textos de este domingo.

Pablo, enviado por Jesús para una misión, se presenta a sí mismo ante todo como un pecador perdonado. El perdón está en el centro de la misión de Jesús. El pasaje termina con una bellísima aclamación a la Gloria del único y eterno Dios.

(J. S. – F. O.)

Anexo 2

El Evangelio en pocas palabras



Jesús se dirige a personas que son consideradas como fieles practicantes de la Ley, los escribas y fariseos, pero que no son capaces de comprender la actitud de Jesús y por eso le reprochan que tenga trato e incluso comparta la mesa con pecadores, aquellos que están vetados por la Ley.

Con tres parábolas, en realidad una sola idea en tres historias, Jesús invita a sus adversarios a parecerse al pastor, al ama de casa y al papá misericordioso.

Los tres pierden y encuentran algo o a alguien. Pero el “objeto perdido” es lo más importante. En el primer caso, la pérdida es relativamente poca: el uno por cierto del rebaño. En el segundo caso, parece más importante: una décima parte de la fortuna. En el tercer caso, es inestimable, más aún, una catástrofe: la mitad de los hijos. Paradójicamente, el valor del “objeto perdido” va en aumento, pero no así “el propietario” que se esfuerza por recuperarlo. El pastor recorre el desierto, el ama de casa limpia la casa y el padre no sale de su casa. Pero en este último caso, el objeto perdido tiene una característica que no tienen los otros: es un ser vivo, dotado de libertad. El Padre respeta esta libertad y espera que su hijo vuelva. Y cuando lo ve de lejos en el camino, corre a su encuentro y lo abraza. Las faltas de su hijo no le importan, lo que le importa es hacer una fiesta por el regreso de su hijo.

En las parábolas del pastor y del ama de casa no se nota una preocupación por los “no perdidos”, las 99 ovejas sabias y las 9 monedas no están en el centro de la atención. Pero cuando se trata de un ser humano, sí. Se trata del hijo mayor, quien, junto con su padre, es el personaje principal. Es con él, y sólo con él, con quien el padre dialoga ampliamente. Es a él a quien el padre trata de convertir. ¿Lo logrará? El relato no lo dice.

Jesús presenta este personaje a sus interlocutores como un espejo. Los fariseos y todos los que murmuran contra él son invitados a verse en el este hijo mayor. Jesús los invita a

poner el fin del relato, serán ellos lo que digan si el hijo mayor entró o no en la sala para participar de la fiesta. ¿Comprenderán el amor gratuito del padre por sus hijos?

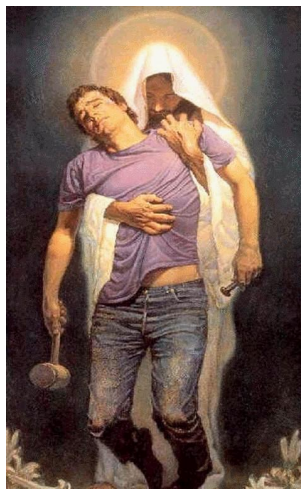
Finalmente, lo más importante es descubrir el amor del Padre. El hijo mayor no es capaz de comprender el amor de su papá ni a su hermano. Es él, y no el hijo pródigo, quien está en peligro de ser perdido por su padre.

(J. S. – F. O.)

Anexo 3

Para prolongar la meditación y la oración

Anunciar el amor que salva (Lc 15,1-32)



*“Después de mi conversión al Amor,
Dios me hizo apóstol,
me pidió que anunciara
el evangelio a los otros;
Él me ha dado la fuerza
para afrontar mis temores
y así,
me ha integrado en el Cuerpo de Cristo,
la Iglesia,
nuestra madre”.*

(Franck Widro)

Anexo 4

Pistas sobre Lucas 15,11-32 (Parábola del Padre misericordioso) que ya habíamos presentado en la cuaresma pasada

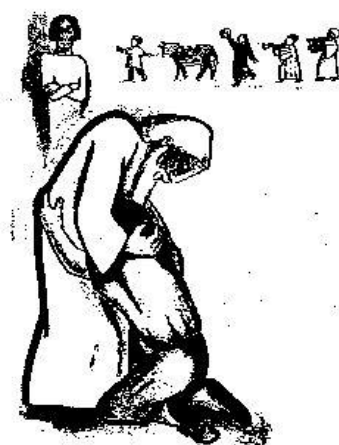
Itinerario de conversión:

La increíble misericordia de un Padre con su hijo que vuelve a casa

Lectio de Lucas 15,1-3.11-32

“Me senté en la miseria, me levanté con el deseo de tu pan”

(San Agustín)



*“Este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida;
estaba perdido y ha sido hallado”*

Oremos:

*“Gracias, Señor, porque nos quieres libres,
porque nos llamas en esta Pascua
a vivir la liberación de fondo,
que es anhelo y esperanza que llevamos dentro;
esa libertad que nadie logra por sus propias fuerzas
sino gracias a tu sangre derramada en la Cruz”.*

Introducción

En este domingo la misericordia se hace parábola. El rudo llamado al arrepentimiento que escuchamos el domingo pasado se encuentra hoy con la contraparte: el oasis del rostro de Dios en la Parábola del Padre misericordioso (o “del hijo pródigo”), la parábola de la misericordia por excelencia.

En el trasfondo del evangelio de hoy tenemos la enseñanza de Jesús: “*Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso*” (Lucas 6,36).

La finalidad de la parábola es mostrarnos el carácter, la grandeza y las características de la misericordia de Dios para con los pecadores arrepentidos. De esta manera comprenderemos la praxis de misericordia de Jesús, que escandalizó a la gente piadosa de su tiempo, y también las actitudes que debemos tomar ante el Dios que nos perdona y ante el hermano que debemos perdonar, porque él nos sigue diciendo: “*Todo lo mío es tuyo*” (15,31), es decir, que hagamos nuestra su misericordia.

1. El contexto de la parábola: Las críticas de los fariseos y escribas a Jesús por su praxis de misericordia (15,1-3)

El tipo de relación que Jesús entablaba con la gente pecadora era mal visto por los representantes de la ortodoxia religiosa de su tiempo: los escribas y fariseos.

El evangelio comienza diciendo que “*todos...*”, “*todos los publicanos y los pecadores se acercaban a Jesús para oírle*” (v.1). ¿Qué hay detrás del éxito de Jesús con estas personas? ¿Qué encontraban en él que los atraía?

Mientras los adversarios de Jesús preferían mantener distancia – para no “ensuciarse” con ellas- de las personas de mala reputación y las miraban con desprecio, Jesús, por su parte, iba al encuentro de ellas, anunciándoles la misericordia de un Dios que se arrimaba a ellos sin pudor, dispuesto a perdonarlos y a acogerlos de nuevo en la comunión con él. Jesús era al mismo tiempo el mensajero y el instrumento de esta misericordia.

La acogida que Jesús les daba no era superficial ni tampoco momentánea, como si fuera una simple e interesada táctica para cambiarles la conducta. ¡No! Su acogida era la más profunda posible, por eso introducía a la gente indigna de él en su amistad, invitándola a compartir la intimidad de su mesa.

Este tipo de relación de Jesús con la gente pecadora fue mal visto por los representantes de la ortodoxia religiosa, por eso recibió severa crítica (v.2).

Jesús responde con tres parábolas en las que en diversos personajes (un pastor, una madre y un padre) que han perdido algo preciado para ellos, una vez que lo encuentran invitan a todos (a los amigos y vecinos, a los siervos y al hermano) a compartir su alegría: “*Alegraos conmigo*” (vv.6 y 9; ver los vv.24 y 32). En la parábola del Padre misericordioso la alegría compartida es mucho más expresiva: “*Comamos y celebremos una fiesta*” (v.23). Ahí está la explicación del comportamiento escandaloso de Jesús. Veamos los puntos más importantes de la tercera parábola.

2. La dinámica interna de la parábola (15,11-32)

La parábola, construida a partir de fuertes contrastes, se ambienta en el mundo de una familia, allí donde las relaciones duelen más.

La parábola tiene dos partes: (1) la historia de la conversión del hijo menor (15,11-24) y (2) la historia de la resistencia del hijo mayor para compartir la misericordia y la alegría del Papá (15,25-32). Como hilo conductor, a lo largo de todo el relato no se pierde de vista nunca al Papá (explícita o implícitamente se menciona 24 veces), él es el punto de referencia y el verdadero protagonista de la historia.

(1) La historia del hijo menor está presentada en un camino de ida y vuelta: “*Se marchó a un país lejano...*” (v.13) y “*Levantándose, partió hacia su padre*” (v.20^a).

En la ida y vuelta del hijo menor se recorren los cinco pasos de un camino de conversión:

- a) La ida (vv.11-13)
- b) La penuria en la extrema lejanía (vv.14-16)
- c) La toma de conciencia de la situación y la decisión de volver (vv.17-20^a)
- d) El encuentro con el Padre (15,20b-21)
- e) La celebración de la vida del hijo (vv.15,22-24)

(2) La historia del hijo mayor presenta la problematización del comportamiento exagerado del Padre con el hijo renuente (su derroche de alegría en la fiesta), que se recoge en la frase: “*Él se irritó y no quería entrar*” (v.28^a; todo lo contrario del hermano menor que “*partió hacia su padre*”, v.20).

Esta parte de la historia gira en torno a dos diálogos que el hijo mayor sostiene respectivamente:

- a) Con los criados, cuando está a punto de llegar a la casa, quienes le exponen la situación (vv.25-27).
- b) Con su padre, quien sale a buscarlo para pedirle insistentemente que entre en casa, escucha el argumento de su rabia y finalmente le responde exponiéndole sus motivos (vv.28-32)

Ambas partes convergen en la misma idea, la cual se repite casi en los mismos términos al final de cada una de ellas: la invitación a la fiesta (“*Comamos y celebremos una fiesta*”/ “*Convenía celebrar una fiesta y alegrarse*”; vv.23-32^a) y su motivo (“*Porque este hijo mío [hermano tuyo] estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado*”; vv.24 y 32b). El énfasis de la parábola está en el modo de acoger al hijo alejado y de celebrar su regreso –con alegría total– porque “*le ha recobrado sano*” (v.27). Aquí reposa el misterio de la reconciliación en su clave pascual (paso de la muerte a la vida), acción salvífica de Dios en el hombre (rescate de la humanidad perdida).

3. La enseñanza central de la parábola: el comportamiento del Padre (15,20b-24)

Como hemos señalado desde el comienzo, el centro de la parábola está en el encuentro entre el hijo menor y su padre (vv.20b-24). Hacia allá apunta toda la primera parte. Los siervos y el hijo mayor logran comprenderlo, se les vuelve un enigma.

Poniendo la mirada en el eje focal de la parábola, vemos en el colorido de las imágenes una catequesis sobre la misericordia:

(1) El hijo arrepentido va hacia su Padre, pero al final es el padre el que “*corre*” hacia su hijo, impulsado por la “*conmoción*” interior. Esta agitación interna que se vuelve impulso de búsqueda es lo que se traduce por “misericordia”: puesto que el hijo nunca se le ha salido del corazón (lo lleva en lo más profundo como una madre lleva a su hijo en las entrañas), la visión del hijo en su humillación y sufrimiento descompone el distanciamiento -quizás normal- que toma quien ha sido herido en su dignidad.

(2) El sentimiento (agitación) interno se explicita en siete gestos de amor que reconstruyen la vida del hijo disipado. La misericordia reconstruye la vida del otro:

a) El padre que corre al encuentro de su hijo primero “*lo abraza*” (v.20b): el padre se humilla más que el mismo hijo. No espera sus explicaciones. No le pide purificación previa al que viene con el mal aspecto de la vida disoluta, contaminado en el contacto con paganos y rebajado al máximo en la impureza (legal y física) de los cerdos; el padre rompe las barreras. No hay toma de distancia sino inmensa cercanía con este que está “sucio”, para él es simplemente su hijo.

b) Lo “*besa*” (v.20c: “*efusivamente*”). El beso es la expresión del perdón paterno (como el beso de perdón de David a su hijo Absalón en 2ª Samuel 14,33). Nótese que el perdón se ofrece antes de la confesión de arrepentimiento del hijo (v.21).

c) Le manda poner “*el mejor vestido*” (v.22ª; quizás “*su primer [o “antiguo”] vestido*”, como se podría leer en griego): el padre le restituye su dignidad de hijo y le confirma sus antiguos privilegios. El vestido viejo, su pasado, queda atrás.

d) Le manda poner “*el anillo*” (v.22b). Este anillo es un simple aderezo estético; puesto que en la antigüedad el anillo formaba parte de las insignias reales (ver 1ª Macabeos 6,14) y con él se sellaban las grandes transacciones, se trata de un gesto inaudito para con un hijo derrochador de plata (v.13). ¡Qué confianza la que este padre tiene en la conversión de su hijo! (uno normalmente lo pondría primero en cuarentena hasta que demuestre que sabe manejar la plata, antes de entregarle la chequera).

e) Le manda poner “*sandalias*” (v.22c): este era un privilegio de los hombres libres, incluso en una casa sólo las llevaba el dueño, no los huéspedes. Este gesto es una delicada negativa al hijo que iba a pedir ser tratado como jornalero.

f) Hace sacrificar el “*novillo cebado*” (v.23ª), el animal que se alimentaba con más cuidado y se reservaba para alguna celebración importante en la casa.

g) Convoca una “*fiesta*” (v.23b) con todas las de la ley: la mejor comida, música y danza. La fiesta parece desproporcionada, pero el padre expone el motivo: el gran valor de la vida del hijo. Esto llama la atención: la casa cambia completamente.

(3) En esta parte central de la parábola está el punto de confrontación que manda al piso los mezquinos paradigmas de relación humana representados en el rol que juega el hijo mayor en la parábola:

a) El problema no es simplemente “estar” con el padre (“**Hijo, tú estás siempre conmigo**”, v.31^a) sino de qué manera se está. Mientras el hermano mayor mide su relación con el padre a partir del cumplimiento externo de la norma (“**hace tantos años te sirvo y jamás dejé de cumplir una orden tuya**”, v.29^a) y su expectativa es la proporcional retribución (“**pero nunca me has dado un cabrito...**”; v.29b), la relación entre el padre y el hijo menor se rige por el amor, en el cual lo que importa no es lo que uno le pueda dar al otro sino el hecho de ser “hijo”. Sale a flote en inmenso valor de la relación y de su verdadero fundamento. Basta recordar qué es lo que le duele al Padre: la “perdida”, y para él lo “**perdido**” no fueron los bienes sino “**el hijo mío**” (“**este hijo mío estaba perdido y ha sido hallado**”).

b) El hijo menor admite que ha “pecado”, pero el fondo de su pecado es el abandono de la casa, es decir, el rechazar ser hijo. Pedir la herencia es declarar la muerte del padre, es decir la muerte de la relación padre-hijo. Por eso dice: “**pequé contra el cielo y ante ti**” (v.18 y 21). La vida disoluta es el resultado de una vida autónoma que excluye la relación fundante. En el perdón se reconstruyen todos los aspectos de esta relación y esto es lo que importa en primer lugar: un hijo que redescubre (o quizás experimenta por primera vez) el amor paterno y que se goza en ello porque resurge con una nueva fuerza de vida (“**estaba muerto y ha vuelto a la vida**”). El hijo mayor, en cambio, aún en casa, seguirá viviendo como un extraño.

c) El redescubrimiento de la filiación lleva a la recuperación de la fraternidad. Por eso el Padre se permite corregir al hermano mayor: le sustituye el “**¡Ese hijo tuyo!**” (v.30) por “**¡Este hermano tuyo!**” (v.32). Los caminos de reconciliación con el hermano deben partir del encuentro común en el corazón del Padre, allí donde “**todo lo mío es tuyo**” (v.31).

En fin...

Lo que se tiene y se pierde (o lo que no se tiene y se desea) en este relato se mide desde la relación. La mayor riqueza, la que nunca hay que perder y siempre hay que buscar, es la del corazón misericordioso del Padre que eleva nuestra vida hasta su máxima dignidad. Es así como se comprende la grandeza de la palabra: “**Todo lo mío es tuyo**” (v.31).

En esta cuaresma Jesús nos vuelve a repetir este deseo del Padre, de entregarnos su verdadera riqueza, que es nuestra herencia. Como el hijo menor aprenderemos a recibirla y como el hijo mayor aprenderemos a compartirla. Así nadie, ni el hijo mayor ni el hijo menor, se quedará sin entrar en la alegría del Padre que hace de nuestra vida una continua fiesta. La pascua que ya se acerca es la realización de esta fiesta.

4. Releamos el Evangelio con un Padre de la Iglesia

“Después de la fatiga, del cansancio, de la tribulación y de la miseria, el hijo menor se acordó de su padre y decidió regresar. Dijo: ‘Me levantaré e iré donde mi padre’ (Lc 15,18).

Reconoce ahora su voz que dice: ‘Tú sabes cuándo me siento y cuándo me levanto’ (Sl 139,2). Me senté en la miseria, me levanté con el deseo de tu pan.

‘De lejos penetras mis pensamientos’. Por eso el Señor dijo en el Evangelio que ‘el padre corrió a su encuentro’. Tú, por tanto, conoces mi camino: ¿Cuál, sino aquel perverso que había seguido para ir lejos del Padre, como si pudiera quedar escondido a los ojos de aquél que lo podía castigar?

Pero no podría ser consumido por aquella miseria, ni terminar apacentando los puercos, si el padre no hubiera querido castigarlo lejos para volverlo a ver cerca. Por eso, como un forajido recostado en la pared, seguido por el justo castigo de Dios que nos castiga en nuestros afectos en cualquier lugar a donde vayamos y donde quiera hayamos llegado, exclama: ‘Tú me escrutas cuando camino y cuando reposo. Todo mis caminos te son conocidos’. Aún antes de recorrerlos, antes de caminar en ellos, tú ya los previste, y permitiste que los anduviera con dolor de mis caminos, a fin de, para no sufrir, regresar a los tuyos”.

(San Agustín, sobre el Salmo 138,5)

5. Para cultivar la semilla de la Palabra en la vida:

- 5.1. ¿Con qué finalidad Jesús cuenta la parábola del Padre Misericordioso?
- 5.2. ¿Qué se entiende por “misericordia”? ¿De dónde proviene y qué la distingue de cualquier otro sentimiento?
- 5.3. ¿Qué hace el Padre en la parábola? ¿Qué debo aprender de él?
- 5.4. ¿Cómo hace el hijo menor su itinerario hacia el Padre? ¿Cómo se espera que el hijo mayor haga su itinerario hacia el Padre? ¿En qué se fundamentan y a qué apuntan ambos caminos de conversión?
- 5.5. ¿Se espera también una reconciliación de los dos hermanos? ¿Cómo sería?
- 5.6. ¿Cuál es el sentido de la fiesta pascual (de la gran alegría) que estamos preparando? ¿Cuál es la mejor preparación de la fiesta?

P. Fidel Oñoro, cjm
Centro Bíblico del CELAM